



preludio

La séptima creación de Teatro Niño Proletario es una propuesta híbrida que se presenta como obra audiovisual, una instalación inmersiva presencial, un objeto. Nos invita a contemplar y reflexionar sobre los modos de ver, la percepción visual y la memoria. ¿Qué perdemos cuando perdemos el sentido de la vista? ¿Cómo somos vistos? En un momento histórico marcado por el consumo y abuso extremo del cuerpo y la imagen, y en un contexto político social con graves violaciones a los derechos humanos, Preludio cruza testimonios de intérpretes del montaje, artistas que han perdido o están perdiendo su campo visual, de víctimas de trauma ocular ocasionado por el Estado de Chile, con el texto original "Miedo a olvidar la luz" del poeta Maximiliano Andrade.



Hablar de la mirada es empatizar con perspectivas distintas, es someterse a un juicio total de los sentidos y, al mismo tiempo, es entender que solamente es una posibilidad de la expresión humana.

La luz que desaparece propone dos caminos, por una parte la oscuridad y el miedo en consecuencia, la angustia y la sensación de abandono. Por otro lado, una oportunidad para la comprensión del espacio y los afectos desde las sensaciones y la ternura. En esa tensión, la escritura debe asumir el riesgo, adentrarse en la mirada, los ojos y la ceguera con la mayor honestidad.

Maximiliano Andrade
Poeta

El sueño de la razón produce monstruos

El trabajo de la visualidad escénica es el de la creación de las imágenes y de lo que queremos comunicar a través de ellas pero, por sobre todo, de cómo queremos que sean vistas.

El espacio de la escena es un espacio lleno de preguntas y posibilidades, que se reorganiza en un devenir constante, desde el gran vacío -el negro-, que como una especie de fuera de campo me permite capturar las imágenes, incluso las imágenes de los sonidos ¿Pero qué sucede cuando el negro es el campo de visión? ¿Qué sucede cuando nos acercamos al abismo del no ver? Tengo muchas preguntas porque antes que con imágenes trabajo con personas, con sus cuerpos y su fragilidad. Fui espectadora de cómo en el espacio liminal de la sombra estos cuerpos se volvieron en rebelión contra las imágenes antes vistas, nos entregaron nuevas, in-imaginadas, nos sorprendieron redibujando sus tránsitos en el espacio, recuperando la noción de habitar volvieron a encarnar; perdiéndose en voces del pasado para encontrarse y traernos esta imagen nueva como en un acto de espiritismo, fueron un médium en trance en la oscuridad, en medio del agua, en medio de la nada.

¿Qué nos hace una comunidad? eso que nos mantiene unidos a lxs otrxs, la unión en la falta.

Catalina Devia
Teatro Niño Proletario





No hay memoria sin ojos

A Gustavo Gatica y Fabiola Campillal y su ojos perdidos en esta revolución de la primavera Chilena. Nadie está olvidado.

El estallido nos enseñó que tenemos que darnos cuenta que esta visión androcéntrica, esta visión masculina es una forma de mirar que ha opacado e impedido que veamos otras realidades. Muchas autoridades comenzaron a decir durante el estallido que nunca habían visto, por ejemplo, el nivel de pobreza que existía o, inclusive durante la pandemia que estamos viviendo, se repitió que no se sabía, pero más que eso, que no se había visto tanto hacinamiento en el que viven las personas de la clase trabajadora. Esta realidad siempre estuvo ahí, fueron sus ojos los que no vieron o no quisieron verla. Además, en los medios de comunicación pública, los políticxs insisten en decir que no existe memoria reciente de una pandemia en al menos 100 años, pero olvidan al VIH/Sida. La pandemia del VIH/Sida está con nosotrxs desde los años '80 y aún no ha terminado. Se vuelve a instalar un silenciamiento y un menosprecio sobre la historia y los modos en que los colectivos han logrado sobrevivir a esta pandemia, quienes han dejado a su vez, un archivo de esta supervivencia. Las visiones heteronormativas de la política impiden inclusive “ver” la existencia de otra pandemia en al menos 100 años.

Y eso es muy grave cuando en una sociedad las autoridades no ven la realidad, no saben que estamos observando todxs cotidianamente.

Cuando comenzó esta necesaria revolución social desde octubre de 2019, en este estallido de insurrección, los ojos de lxs manifestantes comenzaron a ser el principal órgano del cuerpo que mutiló las fuerzas represivas del estado. Cuando la sociedad se cansó de una política sistemática del abuso que se simbolizó en la subida de 30 pesos en el precio del transporte público (no son 30 pesos, son 30 años) y salimos todxs a reclamar por mayor equidad social, comenzaron—además de gasearnos, mojarnos, quemarnos y apalearnos—a disparar balines a los ojos.

Las feministas nos han enseñado que la violencia nunca es ingenua, sino que es un vocabulario que tenemos que aprender a descifrar. La antropóloga Rita Laura Segato nos dice que tenemos que aprender a leer el vocabulario de la violencia y que las pistas de este léxico están en los cuerpos agredidos por la violencia. El capitalismo, así como el patriarcado, construye un relato a través de los cuerpos que daña y cómo los daña. Los atentados de violencia contra el cuerpo de las mujeres y las disidencias sexuales tienen que ser leídos como el lenguaje a través del cual habla el patriarcado.

Tenemos que aprender a descifrar el horror con el que funciona este lenguaje que llega a sacar los ojos a personas que se manifiestan por una vida más digna. Desde el inicio del estallido social que la policía está mutilando los ojos porque quieren que perdamos, además de los ojos, también nuestra memoria. Quieren cegarnos para que perdamos la memoria de un país como el nuestro, el más terrible y cruel experimento del neoliberalismo económico. No son sólo más de 400 ojos, es la memoria de un país contenida en esos más de 400 ojos.

Esto porque los ojos ven gracias a que tienen memoria, de otra manera sólo sería luz que ingresa con sectores del cerebro activándose, transformación de estímulos mecánicos en respuestas bioquímicas. Ver es más que las múltiples conexiones químicas y físicas de las células nerviosas que hay entre el ojo y el cerebro. Para poder observar algo necesitamos tener ideas, emociones, recuerdos que nos asocien la realidad que vemos con la memoria que tenemos sobre esa realidad. Necesitamos de la memoria para ver. Ver es más que biología, es más que anatomía, es más que neuronas despolarizadas porque también es la historia de la memoria de cada unx. Los ojos contienen la memoria de un país. Lo que vemos son las imágenes que construyen nuestros ojos y nuestra memoria.

Tendremos que aprender a ver de otra manera, miraremos con los ojos de los otrxs en esta revolución para no perder nuestra memoria.

Porque no hay memoria sin ojos, no hay ojos sin historia y no hay revolución que no sea colectiva.

Jorge Díaz, biólogo transfeminista.
Septiembre pandémico y en la memoria, 2021.

Preludio

Un día antes.

Un momento para entender. Amanece.

Después del dolor, la confusión, la oscuridad. Amanece.

Otra vida, otra luz.

Mirar y ver, eso era.

Sólo amor y no olvidar quiénes somos, qué hacemos. Qué nos mueve.

Es el amor y la gratitud.

Respiramos, miramos, tocamos, sentimos, entendemos.

Las nubes, el cielo, el viento.

El mar que comanda.

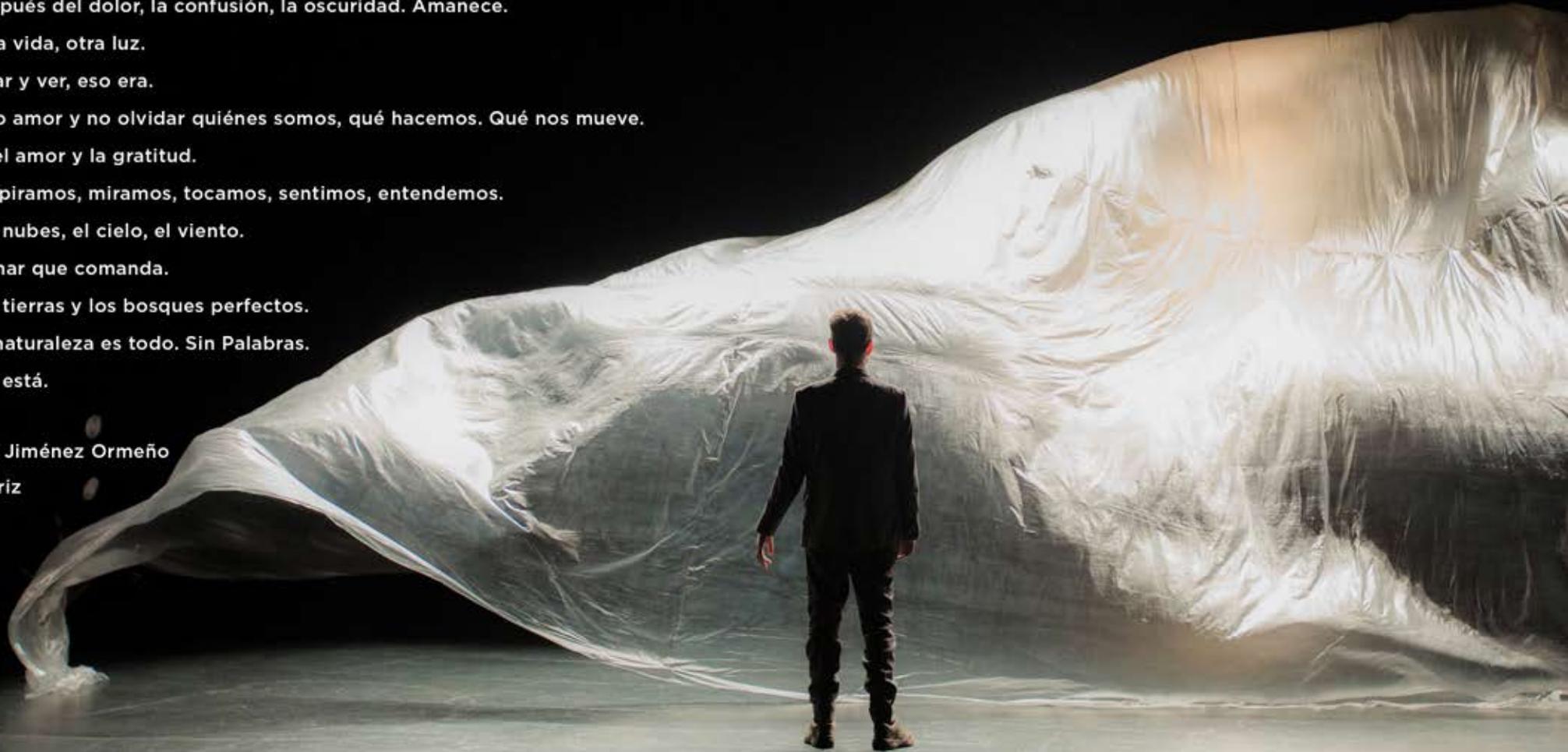
Las tierras y los bosques perfectos.

La naturaleza es todo. Sin Palabras.

Ahí está.

Luz Jiménez Ormeño

Actriz



¿Qué es la vista, sin duda, un tocar diferido? Se pregunta el filósofo francés Jean Luc Nancy. La pregunta -que en sí misma conlleva su respuesta- me hace pensar en ciertas concepciones sobre lo visual que parecen fuertemente instaladas en nuestro imaginario (con pretensiones de) occidental.

La cultura moderna occidental -esa que comienza tímidamente en la Europa del siglo XVI y adquiere ribetes "universales" desde el XVIII- instala el sentido óptico como la principal forma de acceder a una idea lo real, relegando los "otros" sentidos a un segundo plano. La realidad, como plantea John Berger, se hace visible al ser percibida a través de la mirada. En la ansiedad de una era donde antiguos modelos de percepción conviven con nuevas formas de ser y estar en el mundo, la modernidad ofrece una lógica simple y expedita de acceso a lo real: ver para creer.

Esa misma lógica modernizadora es trasladada a América Latina. Primero como parte del proyecto colonizador hispano y luego como agente clave en la creación de los distintos estado-nación que hoy componen la región. La historia visual de Chile se inscribe en esta dinámica. Durante el siglo XIX, las élites que gobernaban (y gobiernan) el país vieron en las imágenes una forma efectiva de construir una idea de nación chilena. Chile sería lo que vemos: su cordillera y su mar, su escudo y su bandera, sus copihues y sus huasos.

De esta manera, las representaciones visuales de "lo nacional" adquirieron una función hegemónica. A través de ellas sería posible evocar un sentido de pertenencia y patriotismo que parece hasta hoy funcionar con efectividad. Baste recordar que su aprendizaje es parte fundamental del currículum escolar. Las imágenes, en este sentido, hacen visibles las prácticas de soberanía del proyecto republicano por sobre los habitantes bajo su jurisdicción.

Octubre de 2019 marca el inicio de una revuelta que no puede entenderse si no desde múltiples "miradas". Una de ellas es el rol a través del que una serie de nuevas imágenes vinieron a desestabilizar el canon de la visualidad hegemónica. nacional Lideradas por un perro de propiedades altamente simbólicas (mestizo, callejero, anti-pacos), las imágenes, esta vez, no fueron absorbidas en la escuela si no creadas en la calle. De la vereda contraria y mandatadas por el Estado, las fuerzas policiales respondieron a los manifestantes a través del ataque directo a sus ojos, el órgano que posibilita la mirada y la construcción moderna de lo real.

Lo anterior no solo se agrega al triste listado de violaciones a los derechos humanos que estructuran la historia de Chile, desde sus pretéritos días como la más lejana y pobre colonia española del siglo XVI, hasta el pretendido oasis latinoamericano del XXI. Lo sucedido durante la revuelta también hace explícito el poder político de las imágenes y su lugar en la construcción de identidades y relatos de pertenencia. Al ser la vista el principal canal de acceso a lo real, su mutilación es también la negación a una nueva realidad posible. Personalmente, me niego a pensar en la imposibilidad de esa nueva realidad.

Hugo Rueda
Historiador.

Ver para pertenecer





Las imágenes de un tiempo presente.

Preludio fue la palabra que pensamos el año 2017 para intentar reflexionar una puesta que hablara sobre la mirada, la vista y la memoria. Sobre el ver y el ser visto en un contexto social, en que el excesivo bombardeo de las imágenes, hace casi imposible vivir sin ser una máquina generadora de discurso visual. ¿Qué se pierde (o se gana, si se pudiera decir algo así) cuando cambia nuestro campo de visión? ¿Qué imágenes selecciona nuestra memoria, de las guardadas en el infinito archivo cerebral, para componer un recuerdo? ¿Qué hay de cierto en la idea de la ceguera oscura y triste? ¿Qué es del teatro, o de un artista escénico, que no puede ver o pierde la memoria?

Parte de nuestros amigos y colegas de tantos años comenzaron a experimentar cambiando su manera de percibir el mundo. Sus capacidades de recordar estaban cambiando. Sus cuerpos acompañaban menos el recuerdo inmediato de la orden cerebral. Otros en cambio, se enfrentaban a la mirada eternamente inquisidora de la normalidad.

El ojo invisible del poder siempre ronda nuestro trabajo.

Cualquier teoría posible, o punto de vista artístico, se desarma cuando la realidad explota ante nuestros ojos. Solo 2 años después de elegir la palabra Preludio, el estallido social chileno traía consigo una avalancha refrescante de imágenes de protesta masiva, pancartas con colores, banderas de naciones ancestrales con una fuerza nunca antes vista; y devolvía a la memoria del pueblo la brutalidad y el rojo de la sangre. Más de 400 víctimas de trauma ocular y una justicia inexistente repetía la historia del Nunca Más. Lean nuevamente estas palabras: NUNCA MÁS. Tal como escuchamos durante los años más oscuros de la dictadura militar chilena, el cuerpo volvía a ser el campo de batalla. Hemos visto ojos explotar. Ojos. Y no, no lo vimos venir.

Hace más de un año, la crisis sanitaria instaló una nueva capa a nuestras realidades oculares, la virtualidad. Las Artes escénicas, siempre concebidas como un acto para el ojo de un público presente, debían ayudar a evocar ese recuerdo con millones de teatros vacíos, actuaciones en nuestras casas y frente al ojo

invisible de un lente digital. Detrás de ese punto negro de la cámara digital te puede ver el mundo entero. Todo sucediendo con la rapidez de la contemporaneidad, en tiempo presente. Y donde todo nuestro elenco pasó a ser "personas de riesgo" y no se les podía ver ni tocar. Otros colegas, con menos suerte y más inocencia, murieron por intentar volver a tocar la luz de un escenario y ver a un escaso público aplaudir por última vez.

El virus, el tiempo y el poder. Sustantivos masculinos que se vuelven persona humana.

Y volvemos al ojo. Nuestro mayor desafío no era sólo sacar adelante un proyecto. Ahora era intentar hacerlo en un formato que no conocemos, cuidándonos de un virus invisible, pero mortal, y queriendo revivir un recuerdo en el ojo y la memoria de un espectador agotado de la luz de las pantallas. Preludio, se transformaba entonces en un desafío tan delicado como complejo.

Nos hemos reunido a constelar biografías y recuerdos, a intentar construir imágenes y escenas que eran víctima del tiempo presente. Este teatro no se puede repetir, lo sentimos. Son tomas únicas y guardarán consigo, y hasta que los archivos audiovisuales lo permitan, un testimonio de obra escénica que intenta ser puesta en pantalla. El registro de una obra de teatro con imágenes muertas de un tiempo presente.

El vacío que nos genera la opción posible de esta reversión del oficio teatral nos ha obligado a expandir Preludio a juegos de instalación sonora, a exposición fotográfica, a caja-objeto de arte. Y es que el tiempo de los sentidos es tan complejo como inabarcable. Nos hemos entregado a ese infinito sin ningún ánimo de definir este proceso. Porque, como muchos artistas a nivel mundial, no teníamos experiencias previas del riesgo de respirar en conjunto, ¿cómo podemos hablar del cuerpo sin respirar en conjunto?

Queremos agradecer profundamente a todos quienes han hecho posible este proyecto, generando los espacios y respetando los extremos cuidados sanitarios para volver a trabajar.

Todo mi amor a cada uno de los artistas que han confiado, se han lanzado al escenario sin saber si saldríamos vivos esta vez, y se han sumergido a ojos cerrados.

Agradecer a Fabiola, Marco y Benjamín, han sido el más luminoso regalo.

Eso es Preludio, un ensayo, un antes de algo, un encuentro, un anuncio. Aún no sabemos de qué. Pero eso ya no importa, ya veremos.

Francisco Medina Donoso
Teatro Niño Proletario

Ficha artística



Dirección general: Francisco Medina Donoso

Dirección y realización audiovisual: Daniela López Lugo

Asistente de Dirección: Daniela Contreras López

Dramaturgismo: Teatro Niño Proletario a partir del texto "Miedo a Olvidar la luz" de Maximiliano Andrade

Elenco: Luz Jiménez, Jorge Becker, Rodrigo Velásquez, Graciela Reyes y Fabiola Campillai

Participación Especial: Marco Cornejo y Bastián Cornejo

Equipo Actoral de Investigación: Luz Jiménez, Jorge Becker, Rodrigo Velásquez, Graciela Reyes, Ema Pinto, Ivo Luz, Beatriz Souza

Voz en off caja e instalación: Ema Pinto

Espacio Escénico: Catalina Devia y Francisco Medina

Iluminación y vestuario: Catalina Devia

Música: Daniel Marabolí

Exposición Fotográfica: Paz Errázuriz

Registro Fotográfico: Jorge Villa

Sonido: Macarena Veas

Registro y edición de voces: Carlos Barros

Diseño Gráfico: Ornamenta Studio

Prensa: Marietta Santi

Producción General: Erna Molina

Financia y Co-produce



PROYECTO FINANCIADO POR FONDART NACIONAL, CONVOCATORIA 2019



PAOCC

Programa de Apoyo a Organizaciones Culturales Colaboradoras



Colaboran

